

EL MOSAICO.

PERIÓDICO LITERARIO I DE COSTUMBRES.

Año I.

Santiago, Setiembre 8 de 1860.

Núm. 8.

EL MOSAICO.

SANTIAGO, SETIEMBRE 8 DE 1860.

Destino de nuestra poesía.

VII.

No queremos decir con esto que la servidumbre sea propicia a la inspiración: que el espíritu constreñido a refugiarse en la contemplación de los incomprensibles misterios que se operan en la vida de los pueblos, pueda lanzar esas chispas de luz semejantes a la que arranca del pedernal el eslabón a fuerza de golpes: nó, nada de eso, pues miramos como indispensable la libertad para el desarrollo del genio en cualquiera de las fases que asuma.

El abate Raynal, hablando de la literatura, dice que muchas veces sirve esta para dorar los grillos que encadenan a la sociedad: para hacer hermoso el edificio de la tiranía. Si no se tuviese en vista mas que hechos aislados, mas que circunstancias particulares que son una precisa consecuencia, de acontecimientos que solo el filósofo puede apreciar, tal vez, llegaríamos a creer como una verdad el chocante sofisma del escritor Frances.

No basta decir que la literatura ha florecido bajo los déspotas: que el genio ha desarrollado sus fuerzas, esparcido su jermadora semilla bajo la conyunda de tal o cual tirano, bajo el ambiente pestilente de la opresión; nó, no basta eso; pues esas anomalías, que al parecer son inconcebibles para los hombres no acostumbrados a pensar, son las incógnitas que despoja el talento ayudado de la luz de la experiencia.

Si se dice, que bajo Augusto hicieron resonar su lira Virjilio i Ovidio: si se alega que bajo Carlos V cantaron Garcilazo i el Maestro Leon: que a la sombra de los Felipes vimos ese concierto formado por los Herreras, Riojas, Arjensolas, Quevedo, etc., etc: si se ostenta, como una prueba de que el despotismo en nada daña al talento, el que bajo la cuchilla de la guillotina Andres Chenier i Roucher pulsaron la cítara, haciéndola arrancar celestes armonías: si se muestran, en una palabra, como pruebas de esta atroz i descon-

soladora doctrina, ejemplos parecidos a aquellos en los tiempos modernos i en los dias que atravesamos: si todo esto se dice sin añadir una sola reflexion sobre lo que ya hemos llamado anomalía, de seguro que tendríamos que confesarnos como deudores de estos beneficios a las plagas mas horribles que han aflijido a la especie humana.

Pero no es así: si cantaron los poetas: si las artes florecieron bajo el yugo de instituciones abominables: si el talento, apesar de las ligaduras de bronce que lo envolvian, tuvo bastante fortaleza para respirar amordazado, eso no explica ni puede explicar los asertos que combatimos, sino solamente que el genio a semejanza del éter se volatiliza i pasa, a pesar de los obstáculos, a impregnar el aire con su aliento.

Siguiendo este principio, sobre que hemos recargado espresamente en estos estudios, es como se explica porqué Garcilazo, soldado, apasionado, como debemos suponerlo, de la grandeza de Carlos, sin ningun amor por las instituciones liberales; sin ninguna idea de esas que nacen de la misma sociedad entre que se respira. pudiese hacer esas églogas, canciones i odas que tanto embelezaron a sus contemporáneos i que tanto nos encantan todavía. Pero aun en ellas ¡cuánto echamos de ménos, cuánto nos hace falta para poder decir que la poesía habia encontrado su verdadero asiento!

Verdad es, que para la pintura de las pasiones, para la descripción de las maravillas de la naturaleza, para dar rienda a la fantasía por los dilatados campos del capricho, poco o nada se necesita de eso que pedimos i creemos necesario para formar la esencia de la poesía de nuestros tiempos.

Ciertamente, para la égloga cuyo interes consiste en pintar las escenas pastoriles, en retratar los juegos i las ocupaciones de los hombres cuyo pensamiento no puede elevarse mas allá de lo que ven los ojos, mui poco o nada, repetimos, se hace de menester ese profundo pensar sobre la vida intuitiva del alma, sobre sus aspiraciones de perfectibilidad, sobre sus esperanzas de independenciam i bienestar, que es lo que ocupa i no puede ménos que ocupar la mente del poeta de este siglo.

Ademas ¿no pintó Horacio el suplicio de las Danaides i las quejas de Europa con una verdad, con un encanto que hechiza? ¿Qué extraño pues que Garcilazo viese a su cruda Anaxarte

En duro mármol vuelta i transformada.

i que llegase así a eclipsar las bellezas del poeta latino en un asunto, en que para nada entra ese espíritu filosófico a que debemos aspirar, i al que somos deudores de las páginas mas sublimes de los líricos modernos?

Considerada la poesía lírica bajo el punto de vista que ya hemos indicado, la España se deja por cierto mui atras a las demas naciones, bien se considere el crecido número de sus poetas, bien se atienda al mérito de sus obras.

Cualquiera para convencerse de esto, solo le bastará comparar las odas, canciones i romances de Frai Luis de Leon, de Herrera, de Lope, etc., con los que pueden presentar los demas pueblos de Europa.

I esto no es una paradoja, pues ni las preciosas composiciones de Juan Bautista Rousseau, ni las que admiramos de Gray sufren con muchas de aquellas el honor del cotejo.

«La cancion de las ruinas de Itálica, dice Marchena, ni tiene modelo en la antigüedad ni se igualan con ella ninguna de las odas de Píndaro i Horacio.» La preponderancia de la España en este jénero de poesía, a nuestro sentir, viene en gran parte del jenio de la lengua, de esa riqueza de elocucion que puede sacar de ella el que sabe manejarla.

Puede tambien influir sobre esto, el estudio que los líricos españoles hacian de la antigüedad, i que por consiguiente debian inspirarlos de mui superior manera a la que podian serlo los franceses, ingleses, etc., de ese tiempo.

Ademas, el conocimiento profundo que algunos de ellos tenian de la literatura oriental, era ya otra ventaja inconmensurable: la sublimidad de la poesia Hebrea trasportada o amoldada al jenio español, no podía ménos que levantar el pensamiento, que hacer sensible, si es posible decirlo, a la imaginacion i al corazon capaz de los mas encumbrados raptos.

No hai mas que leer una oda de Leon para conocer lo que decimos, no hai mas que atender al encadenamiento de sus períodos, al embarazo mismo de la rima, causado por la sencillez bíblica que queria imitar, para penetrarse que el docto i amable relijioso estaba mui familiarizado con los poetas del oriente.

Su oda a *la vida del campo, la de la profecía del Tajo* lo están diciendo: arrobos del corazon, dulzura, naturalidad, inspiracion profunda, todo se encuentra en ellas i en tan alto grado que nos hace hasta simpatizar con un hombre de quien nos separa la marmórea

muralla de tres siglos. Si es verdad que la imaginacion acorta las distancias, que el jenio no envejece; que es un lazo de amor con que nos liga, léase solo *la noche serena* de este tan ilustre como modesto varon, i dígasenos si el lector, por poco sensible que sea, no se trasporta hasta ver el huertecillo que él cultivaba con sus propias manos i de las cuales brotaron tan perfumadas flores como las que pudo haber recojido de sus jardines.

La poesía lírica en manos de Frai Luis de Leon llegó, pues, a una altura que no es posible traspasar: la fantasía allí se encumbra hasta lo sublime, el corazon se dilata en sentimientos tan puros i enardecidos, cual puede serlo el alma humana por la contemplacion del infinito.

Las paráfrasis de los salmos, la traduccion de Job, tienen, no solo en nuestro sentir sino en el de los primeros humanistas, en la lira de este poeta, un acento todavia mas dulce i majestuoso que el que pueden tener en las de los demas poetas sus contemporáneos.

I en efecto ¿cómo pintar mas atrevidamente, con mas verdad, con mas melancolía la instabilidad de la fortuna, lo frágil i movedizo de sus favores, lo crudo de sus caprichos i la fugaz evaporacion de los sueños de esta vida? ¿Nó se vé en esos versos, decimos, la grandeza inesplicable de Dios, no se sienten sus atributos, no se teme su justicia, no se ve, en fin, en ellos lo que es el hombre, no se llega casi hasta tocar en esas estrofas el polvo en que se resuelven las grandezas i el orgullo humano?

Pero la causa de esta superioridad es forzoso atribuirle tambien a la índole del cristianismo: sí, solo nuestra relijion puede prestarse a ese sentimiento, que ora se traduzca en lenguas de fuego para cantar sus inescrutables misterios, ora se convierta en lágrimas, siempre sobrecoje el espíritu, siempre se apodera del alma i la lleva a una rejion donde solo puede cernirse sin despeñarse en los abismos el espíritu sostenido por la fé.

Al lado de este gran poeta vienen otros no ménos grandes: forzoso era que la España en el apojeio de su gloria tuviese una orquesta de vates que pudieran cantarla.

Don Fernando de Herrera, sevillano, hombre de un estudio profundo, de vastos conocimientos i, sobre todo, de un gusto el mas exquisito, producido por la acendrada lectura que habia hecho no solo de los poetas antiguos sino de los nacionales, era el que debia segundar al maestro Leon o mejor el que debia completarlo. Con efecto, la musa de Herrera no conoce medida, no halla obstáculo, no se contenta con un solo tono, no saca solamente sonidos de una sola cuerda, nó, que para su inspiracion andaluza no le es

bastante todavía la ancha encordadura del harpa castellana. El quiere mas: quiere hacerla que suene como el clarín, como la trompa del guerrero, que imite el estruendo de las armas, que retumbe como el trueno i al mismo tiempo que, suave i melodiosa, llegue a copiar hasta los suspiros de la vírjen i el tardo i perezoso vuelo de las alas del sueño.

Sus contemporáneos le apellidaron el *divino*, i en verdad que jamas ha podido aplicarse a ningun poeta con mas justicia este pomposo dictado. Las bellezas de que están atestadas sus interminables elejías no pueden casi señalarse por separado, pues el lector no solo tiene que verse arrastrado por fuerza a la admiracion de los primores de la lengua, sino a la contemplacion del injénio, i a las meditaciones que trae consigo el esfuerzo del hombre cuando ha sido copiosamente favorecido.

En la oda a la victoria de Lepanto, segun la opinion de varios críticos, es Moises en el estro cuando atraviesa el mar Rojo i ve la mano irritada de Dios hace crecer las ondas para sumerjir entre sus remolinos a los ejércitos de Faraon. Si llora la muerte del príncipe de Portugal, su instrumento a veces se queja, sus notas son lágrimas, i otras toma el tono de la derrota, i parécete a uno ver correr en medio de las estrofas los escuadrones hechos pedazos, destrozadas sus banderas, aniquilado el ardimiento de los guerreros en medio de los ayes i jemidos i para siempre difunta la antigua grandeza de aquella patria.

Sin embargo, atribúyese la perfeccion en la poesía lírica a su compatriota i discípulo Francisco Rioja, de quien no hai casi un aficionado a la poesía que no sepa de memoria algunas de sus estrofas.

Ciertamente la lengua no puede llevarse a mayor perfeccion: el ritmo poético, el lenguaje, el estilo, todo es perfecto, i tanto mas de asombrar es esto, cuanto que tenemos que verlo al lado de Herrera, del hombre que copió a Petrarca, a quien llega a oscurecer en muchas ocasiones.

Sobre su cancion a las ruinas de Itálica i sobre sus otras composiciones ¿qué poder decir en elojio, cuando no hai autor español ni frances que no haya dado su parecer, que no las haya encomiado i hasta el grado de hacer guardar silencio al mas locuaz de los disertadores?

Mas, si es preciso respetar la opinion ajena, tambien es fuerza decir lo que se siente. Lo que es por nosotros no podemos establecer esa comparacion entre estos dos modelos, de la que resultaria de alguna parte la ventaja. Nó, lo único que podemos, es estudiarlos, admirarlos i seguir el impulso del alma al pronunciarse sobre ellos.

Decimos esto, para escusar en lo posible la

idea que tenemos i que manifestamos respecto al mayor aprecio, o mejor, al mayor cariño que profesamos al postrero. Sí, Rioja nos embelesa todavía mas que Herrera, nos inspira mas sentimiento, mas tristeza, nos lleva a considerar al hombre i al mundo todavía mas reflexivamente que lo que puede aquel. Sus versos, aunque no tan majestuosos como son los de su maestro, i eso que lo son mucho, tienen mas melancolía, mas de ese tinte *intuitivo* que tanto enaltece la poesía.

La cancion de *Las ruinas de Itálica* son un testimonio de esto; se vé el antiguo poderío de esa colonia del pueblo Romano, se la vé grande i luego desaparecer hasta tal grado que no parece sino que el eco del dolor debe solo habitar entre aquellas ruinas. ¿A qué poeta no arredra este modelo? ¿A qué poeta no hace suspirar, como dice Quintana de Melendez, el desconuelo de no poder encumbrarse tan alto, por fantasía creadora que tenga i osadía para pretender seguirlo en su empresa?

Con estos dos Sevillanos, aunque la España no tuviese mas glorias literarias, tenia de seguro lo bastante para ser tenida sino por la primera nacion en la poesía, al ménos por una de las mas agraciadas.

No parece sino que el jenio habia querido llegar hasta una raya que no es posible traspasar. Pero tambien no es posible ménos de lamentar que esos hombres favorecidos por la Providencia no pudiesen haber cantado las ideas que hoí nos animan, haber dado cuerpo a la armonía que inspiran los derechos que nacen de la libertad i que solo pueden vivir bajo instituciones amoldadas a la independencia del individuo.

Si no es así ¿por qué ni Herrera, ni Rioja hicieron un solo verso a la memoria de Padilla? ¿No se prestaba ese héroe de los comuneros a que la poesía entonase su martirio? ¿No era argumento la vida de aquel grande hombre para una de esas odas que dedicaban los poetas a los reyes, i en las que manifestaban a la par de la inspiracion esa servilidad que tiene que observar hasta el poeta cuando vive bajo el despotismo? ¿Pero cómo cantar a la libertad delante de Carlos V i de sus hijos! Pero, cómo hablar de derechos delante del que abrigaba la idea del dominio continental, del que perseguia i hacia arder en las hogueras a millares de víctimas inocentes, de nobles i jenerosos ciudadanos, sin mas delito que dar algun quejido contra la tiranía, hecha todavía mas execrable desde que se cubria con el manto de la supersticion i de la mentira.

No son, sin embargo, los poetas los que deben cargar con esta culpa; nó, la España habia asumido esa responsabilidad; a ella, pues, acusemos solamente; i si no es posible

atribuir a una nacion los males que llora i que la abaten, acusemos al tiempo i pensemos asimismo que la suerte de la humanidad está, por fin, confiada a las manos de la Providencia.

MANUEL BLANCO CUARTIN.

(Continuará.)

En tiempo de los Borbones.

De aquí a mil años, la historia
Será una gran pepitoria
De los lances mas estraños.
Ella dirá: hace mil años
Que el jenio del mal inundo
Fué dueño de todo el mundo.
Se acabaron las razones.
Los justos enmudecieron.
I estas cosas sucedieron
En tiempo de los Borbones.

Del águila soberana
Fué sucesora una rana;
El león fundaba tronos,
I los heredaban monos.
El jenio creó prodijios.
I no quedaron vestijios.
Cargados de relumbrones,
Asnos i mulos lucieron.
I estas cosas sucedieron
En tiempo de los Borbones.

Millones robó a los Galos
Villele i les dió de palos.
Las armas quitó a los buenos,
Puso a los frailes rellenos,
I en premio de su arrogancia,
Lo nombraron par de Francia.
Béranger hizo canciones,
I en la cárcel lo metieron.
I estas cosas sucedieron
En tiempo de los Borbones.

Didot publicó folletos
De hermosas frases repletos.
Benjamin hecho una furia
Al trono lanzó la injuria,
I aplaudieron los mortales.
Esfuerzos tan liberales.
Pero las contribuciones
De día en día crecieron,
I estas cosas sucedieron
En tiempo de los Borbones.

Un pueblo llamado Iberia
Pidió a su jefe miseria,
Hogueras i calabozos;
Robos, cadenas, destrozos,
I viendo el monarca augusto
Que le daban por el gusto,
A esós sesudos varones
Concedió lo que pidieron.
I estas cosas sucedieron
En tiempo de los Borbones.

Una pantera de Hircania
Hizo suya a Lusitania
Mientras su britana amiga
Se rascaba la barriga.
Los Vándalos ignorantes,
Aun mas feroces que ántes,
Por las ausonias rejiones
Gritos i espanto vertieron;
I estas cosas sucedieron
En tiempo de los Borbones.

Magníficas esperiencias
Hicieron todas las ciencias.
Asombros el mecanismo,
Milagros el magnetismo,
Pero siguió el Vaticano
Como en los siglos de Urbano,
Vomitando escomuniones,
Contra los que no creyeron:
I estas cosas sucedieron
En tiempo de los Borbones.

Se escribió en algarabía
Sobre la Filantropía
I los negros mas bozales,
Se hicieron sentimentales.
Mas callaron los discretos
I se quedaron mui quietos
Viendo llover proscipciones
Que a mil honrados perdieron;
I estas cosas sucedieron
En tiempo de los Borbones.

Hubo naciones enteras
De escritoras costureras,
De peluqueros artistas,
De hambrientos oficinistas.
Las meretrices notorias
Dieron a luz sus memorias.
Presidarios i soplones
Apoyos del trono fueron.
I estas cosas sucedieron
En tiempo de los Borbones.

Mangia con tutti el de Roma,
Ya serpiente, ya paloma,
Escribía fuerte i blando
Ya a Bolívar, ya a Fernando.
Hubo contratos protervos
Con el siervo de los siervos;
De bulas i macarrones
Los Quirites se nutrieron;
I estas cosas sucedieron
En tiempo de los Borbones.

Por fin, la Europa vendida,
Despojada, envilecida,
Jimió bajo los zapatos
De once o doce mentecatos;
I en tanto los eruditos
En conceptos mui bonitos
Invencibles campeones
De las luces se dijeron:
I estas cosas sucedieron
En tiempo de los Borbones.

JOSÉ JOAQUIN DE MORA.

Correspondencia.

Su estante, agosto 28 de 1860.

Señor DUENDE:

Las muchas i mui escelentes noticias que de su persona tengo por la mosca que en sus alas le llevó a Ud. al banquete que tan espiritualmente describe en su número 5.º del *Mosaico*, me han determinado a trabar relaciones con Ud. persuadido tambien que ello redundará en provecho de ambos; mas es preciso que desde luego sepa usted algo, mi caro Duende, de quien quiere tener el honor de ser su amigo i su colaborador.

A mí los entomólogos me denominan *tinea aglossa*, como si careciera de lengua, i bien de mi grado me enrolan en la familia de los Lepidópte-

ros; vulgarmente me apellidan bicho, animalejo, i con un prosaismo que me irrita, *polilla*; pero me consuela, señor Duende, el no ser yo la peor polilla que anda entre paños, que polillas hai mas terribles que yo, i que bien harian los naturalistas en clasificarlas con un nombre clarito, i no latino como el mio, para que todo el mundo las conociera.

Vivo en el estante de un literato donde he trabado amistad con su mosca vehículo (ya inferirá Ud. que soi un animal *papeliboro i librófogo*, si cual otro Buffon quiere llamarme así por lo que como); aquí roo impunemente los libros de mi señor, que, como casi todos los que en esta tierra la echan de literatos, no sacuden ni abren sus libros. Así no intimidándome las lechuzas, el plumero, el alcanfor, ni el sublimado, roo i mas roo, a lo largo, al traves, de parte a parte, en todos sentidos los libros, los cuadernos, los periódicos; i de tanto contacto con las letras, yo tambien tengo derecho de titularme literato; pero no vaya Ud. a crearme literato así no mas; no, que soi de mas encumbrado jénero que Madama de Stael i Fernan Caballero, pues soi enciclopedista como D'Alembert i Diderot, gracias a mi señor que amontona en su estante el pasto de caletres que jamas conseguiria vaciar en el suyo.

Has de saber, pues, duende amigo, ¿catas que entre Duende i Polilla hai mas de un punto de contacto, mas de una faccion para que el hijo de Lavater nos crea parientes? Ambos nos escurrimos, nos introducimos furtivamente..... mas, ai! cuántas polillas no desearian poseer tu sutileza! Has de saber, decia, que entre los papeles que han caido en mis mandíbulas, hai muchos en que sus autores desempeñan el oficio de galopines de cocina; es decir, que despuman los guisos i recalientan los platos que diestros cocineros han preparado. Como puedes presumirlo, no agrada esto a mi paladar que, un tantico estragado, busca siempre lo nuevecito, lo tierno; pero ah! cuanto sufren mis dientes con los periódicos a donde les lleva el aliciente de encontrar algo de aquello!

Han hecho bien los Sres EE. del *Mosaico*, en no imitar a los santeros ni mochos de convento, como lo hicieron los de la *Semana*; porque sucedió de tanto pedir, que el que no tenia tomaba prestado del vecino para salir del aprieto.

En igual caso se está encontrando la *Revista del Pacífico*; para no hablar tan dentro de mi escondridijo, te voi a hacer algunas revelaciones.

Entre las cosas con que nos regaló *La Semana* hai un pastel, un pot-pourri denominado *Cosmos*, que tiene mas de *biblia* que de *cosmos*, i en el que se encuentra encajada i resalta afirmativamente la cuestion de la *jeneracion espontánea* apenas tocada por el gran Humboldt en el suyo; es decir, en su verdadero cuanto admirable *cosmos*. No te asustes de esto, Duende amigo, que padres hai que bautizan a sus hijos con los nombres de Washington, César, Napoleon, pues en el deseo de tenerlos grandes, quieren suplir con esto a las raquílicas existencias que les dieran.

Es el caso pues, circunscribiéndome a la jeneracion espontánea para no alargarnos demasiado, que en ella están vaciados o mejor, trasegados, para servirme de la espresion de los hombres de cierto oficio, los prolegómenos de la Fisiología de Muller; pero de tal manera que la parte clara que-

dó en el autor i solo pasó la borra a la otra basija.

De la flor, del alma, de Dios se llega allí a la tal jeneracion por el intermedio de la lombriz solitaria, cuyos anillos forman sin duda la cadena que tantas distancias une, i se echan en saco roto lo que acerca de este asunto dice el mismo fisiólogo.

Por mas poética que aparezca la idea de Trevirano de que «en toda la naturaleza existe una materia constantemente activa, absolutamente indescomponible, en virtud de la cual todos los seres vivos desde el alga a la palmera i desde la mónada hasta los monstruos del mar, poseen la vida de que gozan, i que invariable en la esencia, pero variable en la forma, cambia continuamente de configuracion;» por mas que reduzca este *panteismo orgánico*, por decirlo así, las experiencias directas van probando lo contrario de dia en dia. Eso no querria decir sino que mis delicados artículos i tus sutiles órganos, señor Duende, han pertenecido ántes quién sabe a quién, i que despues que la muerte nos derribe irán a latir en el corazon de un guerrero, a moverse en el intestino de un prebendado, o a animarse en la cabeza de un literato.

¿No es verdad que ello se parece a la *metempsi-cósis* de los indios i ejiptios con la diferencia que no hormiguan aquí los espíritus sino las patas, las uñas, el pellejo?

Volviendo a las solitarias i animalitos parecidos, se conocen ahora sus metempsi-cósis en su mayor parte, i sino dígalo yo que no ha mucho me creian nacida de la podredumbre i hoi me conocen abolengos, i si durante algun tiempo de mi vida me llaman *polilla*, me denominarán despues *crisalida*, mas tarde *mariposa*; i entónces me darán los epítetos de *alijera i dorada, brillante i juguetona*; mas de un poeta me tomará por el símil de su bella, i mas de una linda muchacha seguirá mis caprichosos jiros tronchando las flores de la pradera o del jardin. Muchas veces, señor Duende, habrás visto este espectáculo, las niñas corriendo tras la polilla.

La doctrina de la jeneracion espontánea emitida en aquel parodiado *Cosmos*, es tan errónea en biología como en química, en teología como en filosofía, en filosofía como en historia natural; es una herejía científica i relijiosa: probádmela i yo, despreciable i librófogo animalillo, os pruebo que el hombre nació del légamo del Nilo, como lo creian los ejiptios, i que la tierra produjo en luengos tiempos esos monstruosos sáurios, mastodontes, dinoterios cuyos restos contemplan los jeólogos asombrados.

Al crear Dios la materia no le dió el movimiento entre sus propiedades inherentes, mucho ménos la facultad de organizarse, de animarse que ciertamente es mas noble que aquel; sino que al paso que con una mano comunicaba el primer impulso, trazando la lei de gravitacion entre esa infinidad de masas enormes que como polvo ruedan en el espacio, ordenaba con la otra a la materia que constituyese los órganos de las plantas i de los animales, i le decia despues, *creced i multiplicaos* para darles la facultad de reproducirse, de esa facultad cuyo velo no descorrió al hombre, al rei de la creacion: i si el matemático, sí el astrónomo, echando una mirada a los cuerpos celestes, dice, el movimiento existe, luego Dios

existe; el naturalista contemplando los fenómenos de la vida puede exclamar también, si el organismo existe, Dios es.

Recórranse las propiedades de la materia i jamas se encontrará entre ellas al movimiento ni la organizacion; jamas un terron de mantillo se transformará en espiga de trigo, ni en racimo de uva sin un jérmen depositario de ese poder de Dios; jamas un cristal de carbonato de cal ni un fragmento de granito se convertirán en los pétalos de una flor, ni en anillos de una solitaria sin la presencia de esa letra viva que constantemente está repitiendo a los seres orgánicos: *creced i multiplicaos*.

Las ideas de Dios i de jeneracion espontánea no son correlativas, son por el contrario flagrantemente contradictorias; son una doctrina aristotélica cubierta en el dia con algunos jirones de la moderna ciencia de observacion que....

Mas perdóname, Duende amigo, que bastante abuso de tu paciencia, perdóname; i vamos a otra cosa para concluir esta lítera ya tan pesada como un plajo.

Habia dicho que a la *Revista* le está sucediendo lo que a la *Semana*, si, se está convirtiendo en horno de café. Roia en dias pasados *El juego i las enfermedades del corazon* i no he podido ménos de exclamar ¡pobre Descuret! como ántes habia dicho ¡pobre Cabanis! pobre baron de Fenchterleben! ¡Cuán desfigurado estás, mi grato amigo Descuret, dispensadme, no os habia conocido! Con efecto el infelicísimo Descuret habia pasado mal de su grado, por un círculo de letras de donde habia salido hecho un fideo.

Si algun círculo se contenta, que es fácil que un círculo se contente con bizcochos confeccionados con migaja en vez de pan de verdadera harina, no venda, por Dios, esos bizcochos que salen mal e indijestionan a los que como yo tienen estómagos delicados: pues, caro Duende, como gastrónomo prefiero los manjares frescos a los recalentados, como literato las bellezas primitivas a las deribadas i como positivista lo real a lo postizo; así no estrañes que prefiera el capítulo XII de la Medicina de las pasiones de Descuret a todo lo que a él parece, sabe o huele.

Continuaré dándote cuenta, amigo Duende, de lo que a este tenor rastree en mis roedoras peregrinaciones por este mundo de papel i letras de imprenta, que tantos misterios tiene como pretensiones literarias. Así no estrañes que te remita allá, cuando el tibio ambiente del estio me haya sacado de mi torpeza invernal, *Los misterios de mi estante*, obra que de tiempo atras estoi corrijiendo i aumentando i que piensa dedicar a Ud., señor Duende, en testimonio del cariño que le profesa,

Su afectísimo servidor que besa sus manos.

POLILLA.

Viaje sin moverse de la cama.

POR DON PACIENTE DE LA VERDAD.

CAPITULO III.

Donde se prueba lo que es el mundo estudiado en una calle, lo que es el hombre en una tienda de manos.

¿Qué calle es esta? volvía interroga a mi dama, tal era la turbacion que sentia al verme de re-

rente encajado entre un mundo de jente, cuyas figuras, movimientos i ocupaciones parecíanme no guardar la menor relacion entre sí, sino ser, por el contrario, el cuadro vivo de aquellos *pandemonios* que tantas veces me habia soñado en momentos de delirio.

En efecto, aquella calle era un infierno: hombres de todos colores i trajes, casas de un aspecto majestuoso entrelazadas con otras que bien podian tomarse por bohardillas para la jente del pueblo: tiendas ya de modas francesas al lado de aquellas en que se vende polvillo i bacalao Vizcaino. Sobre todo lo que me llamaba la atencion era que toda aquella oleada de vivientes no tuviese o no diese el menor signo ni de intelljencia ni de alma. Veíala movida como esas figuras de carton que, cediendo al resorte que las empuja, marchan simétricamente i ejecutan los uniformes i acompasados movimientos que ha querido imprimirles el artífice. Una pandilla de jóvenes de aspecto *fashionable* fue lo primero que se ocurrió a mis ojos: su traje era enteramente frances, su aire, como he dicho, elegante; pero, a la verdad, en sus rostros no divisaba ni siquiera una chispa de eso que se llama vida: sus fisonomías muertas, apagadas no me hacian otro efecto que el de aquellas figuras de cera con que adornan los peluqueros los cristales de sus tiendas. ¿Qué jóvenes son estos? volví a preguntar a mi dama, a quien nombraré en adelante con el nombre de Casualidad, que tal me dijo que se llamaba. Estos son los elegantes, me respondió, los narcisos del dia, los hombres de moda, los picaflores del jardin de la hermosura.

¿Serán felices por supuesto? Oh! no! lo que es la felicidad tal como tú la entiendes jamas, puedo jurarte, que jamas la han probado. Mas como en este mundo la dicha es relativa, ellos se creen dichosos ostentando sus bigotes untados de *cabo* i de bandolina.

Míralos ¿no los ves? Aquel que va allí es uno de los primeros, fíjate en él: remuda cada dia un chaleco, una corbata, un pantalon; pero apesar de todo en los salones donde circula no se dice que haya hecho una sola conquista. Sin embargo, a la oracion lo verás en los portales sacando el reloj con el aire del que espera una hora para ser dichoso en los brazos de su amada. Si lo convidas a comer, te dirá que lo aguardan, que no puede faltar, que su presencia es indispensable; i con todo, el infeliz te dejará para irse a su cuarto a cambiar de botas i a darse otra mano a los bigotes. Pobres mozos! ¡Oh con estos de seguro que la patria no podrá salir de apuros!

Hablando así, *Casualidad* me hizo echarme un poco hácia el medio de la calle, diciéndome bajito: -apartémonos, éstos son los jueces, éstos los miembros del poder mas terrible que tenemos, del poder mas independiente, no entiendas esto por libertad, nó, pues todos ellos casi son esclavos de los que mandan; te digo independiente, porque no hai poder ninguno mas irresponsable que aquel a que pertenecen.

—Me das miedo, Casualidad; ¿qué es lo que me dices? es decir que estos hombres pueden hacer lo que quieran, lo que convenga a los intereses del gobierno i atropellar por consiguiente al ciudadano sin que por ello pueda pedirseles estrecha cuenta?

—Cuenta! vaya que eres niño! cuando has visto que en América los jueces den cuenta a nadie de lo que han hecho? Sin embargo, se charla en todas partes, i mui enfáticamente, del poder judicial, se narran sus virtudes, se les pone por modelo, se les cita como ejemplo de integridad i pureza; pero dejemos esto i acerquémonos a aquella vidriera.

—Dónde me llevas, *Casualidad*?

—A conocer el mundo en una tienda de monos.

—Vamos pues, picaruela! cualquiera te tomaria por el alma de Rabelais peregrinando en traje de doncella.

Nos acercamos en efecto a la dicha vidriera, i desde luego conocí que mi guia no habia dicho una mentira.

Veíanse pues detras de los cristales entre mil juguetes i preciosidades, i cintas, i zapatos, i otros mil objetos de diferentes usos i valores, a un mono poniéndose la corbata en el espejo. Lo primero que hice al verlo fué soltar la carcajada; mas mi acompañante, mas inclinada a la amargura que a la risa, apretóme el brazo con aire un si es no es amostazado diciéndome en el oído:—Parece que fueras campesino, tal es tu hilaridad. Por otra parte, ¿qué motivo hai para que rias? ¿no ves en esa figura la imájen de mas de uno de esos que han atrapado los primeros puestos? ¡bien! ¿cómo reir entónces de ver el retrato de lo que son nuestros hombres. A mí por el contrario esa figura me trae a la memoria que hemos llegado a un tiempo en que todos los papeles están cambiados: en que los monos se vuelven hombres i los hombres monos.

Sin dejarme replicar una sola palabra, *Casualidad*, mostrándome con el dedo una multitud de esos soldaditos con que juegan los chiquillos, continuó en su perorata sin que para ello consultase el fastidio que me iba ya ocasionando su elocuencia. Esos soldados, me dijo con aire profético: míralos bien, esos soldaditos, te digo, son la causa de nuestra servidumbre, pues ellos i nadie mas que ellos son los que sostienen en todas partes a la tiranía que pisotea los derechos. Oh! bendito el pais que pueda verse libre de semejante plaga. pero ¿a qué viene eso mi dulce amiga, a qué esa reflexion tan intempestiva cuando los tales no pasan de ser un juguete i nada mas?

—Juguete! ojalá lo que fuesen.

Al oír esto, viendo que yo tomaba el paso sin responderle, da un brinco hácia mí i volviéndose se a enganchar de mi brazo, fuímonos a ponernos delante de una de esas figuras de cera que vemos encerradas en las vidrieras de los dentistas.—Una de las dichas, por una causa que entónces no pude esplicarme, tal era mi aturdimiento, movia acompasadamente sus mandíbulas. Aquel juego consta nte de esas quijadas armadas con sus hileras de dientes parecidos a los de las calaveras en su brillo plomiso i asqueroso i, sobre todo, aquellas caras, cuyos ojos vidriosos parecian contemplarme estáticamente, por supuesto me infundieron una especie de terror cuya causa no conocia, pero que puede bien esplicarse por el jiro que habia tomado mi conversacion con mi interlocutora.

—¡Qué cabezas, exclamé! Estos son los daguerreotipos, me interrumpió *Casualidad*, de las hermosuras que brillan en nuestros salones: sí, de las nin-

fas a quienes los jóvenes cercan como juguetonas mariposas para beber en ellas el desengaño como aquellas la miel en las rosas. ¡Qué amargura, por Dios, es la tuya, diabólica mujer! ¿No me dirás qué es lo que te hace ver el mundo bajo un prisma tan negro, tan horrible, lo que te hace desfigurarse hasta la belleza, lo que te lleva hasta calumniar lo mas sublime que existe?

—Candorosa criatura! pobre muchacho! ¿Con qué crees que exajero, con qué crees que la misantropía es la que me hace tomar por asqueroso lo que es bello, i por efímero i fugaz lo que tu crees consistente i duradero?

—Al oír esto, no sé qué espanto apoderóse de mí; pero lo que sé es que en ese momento volando como encanto mi alma al traves del espacio me llevó a contemplar dos cabezas humanas, plantadas sobre unas picas en las cuales se leia con letras rojizas este horrible mote *por traidores a la patria*.

—Oh! qué horror! El sitio donde aquellas cabezas medio-comidas ya por las aves de rapiña ostentaban aun su dolor i su vergüenza era, segun me lo dicen mis apagados recuerdos, un camino parecido al de Valparaiso. Si, era un sitio donde lucia la yerba en toda su verdura al pié de una montaña trabajada por el hombre. Pero ¿cómo, me repetia, he venido a parar hasta aqui? ¿Qué quiere decir esto? Dónde estás, *Casualidad*? exclamé varias veces ¿qué es de mi varilla de virtud? En esto i como por otro encanto inesplicable, vuelvo a encontrarme al lado de mi bella i contemplando mui risueño las figuras de un organito, que tocaba a la sazón uno de los aires que celebran las hazañas de nuestros ejércitos.

—¿Qué tal es la música? me preguntó una voz. Qué tal es este aire? me interrogó otra. ¿Siente usted orgullo, añadió un tercero, al ver reducidas a notas musicales las glorias de su patria?

—En efecto, respondí: esa entonacion me trae a la memoria los espléndidos triunfos de mis compatriotas, los laureles cojidos por el valor de mi patria en los campos del honor i de la gloria.

—Sin embargo yo me reia i veia asimisino que todos aquellos a quienes dirijí esta apóstrofe jactancioso reian a su turno, mostrándome los jestos que una mona trepada sobre el organito, i vestida de uniforme i charrateras, hacia llevando el compas de la sonata.

—Porque rien ustedes, dije, recuerdo, un tanto picado ya por aquella risa a mi parecer intempestiva; i al decir esto, ví que reian i reian con mas fuerza, señalándome con el dedo a la mona que ya he dicho.—¿I que tiene eso? me direis, exclamé con un acento de cólera. Responded o sino.....En este momento, *Casualidad* interponiéndose entre los curiosos i mi persona, arrastróme violenta hacia otro lado i me dijo: esa mona trepada sobre el instrumento es la representacion de la suerte de los pueblos: ellos cantan, ellos rien, ellos celebran sus hechos jenerosos i al mismo tiempo la pequeñez i el ridículo les pone su planta sobre la frente.—¿Porqué pues te picas? La verdad no debe amostazar a nadie. Sin embargo, ni plebeyos ni magnates, ni virtuosos ni malvados, ni opresores ni oprimidos quieren verle el rostro, i si lo ven se asustan como si hubiesen visto el de la mentira.

Estas palabras fueron cortadas por un agru-

pamiento de jente que venia movido como las olas empujadas por la marea. ¿Qué es esto? ¿qué significa este torbellino? *Casualidad*, que como veis peca de habladora i noticiosa, viéndome un si es no es turbado para evitarme sin duda interrogaciones molestosas, anticipóse a mis deseos i poniéndome cariñosa una mano sobre el hombro me dijo: esas tropas que desfilan son los soldados del orden: sí, esos son los que custodian nuestra ventura, i esos tambien los que hacen gastar al erario la quinta parte de sus rentas. Esas tropas, repliquéle, son hermosas, su aire, su porte i sobre todo esa planta marcial i respetuosa que manifiestan me parece que son indicios de que el pais puede hallar en ellos no solo su sosten sino su gloria.

Su gloria! Ah! tu no sabes lo que ese nombre cuesta a la república: glorias! i sin embargo puedes ver la miseria en todas partes. Al decir esto, la musica militar atronó nuestros oidos, i mi compañera i yo para libertarnos de esta especie de abombamiento, haciendo un zigzag fuimos a guarecer en la tienda de un joyero.— ¡Qué preciosidades! que de rubíes! que de esmeraldas! que de ópalos! De seguro que este pueblo es la nacion de las joyas. ¿Cómo dices, *Casualidad* que esta ciudad es pobre, i que el lujo, que es hijo de la civilizacion, no se ha aclimatado todavía en ella?—Lujo! si, tenemos lujo, tenemos lo demasiado faltándonos lo necesario; pero no por eso te imagines que tenemos las mas preciosas comodidades de la vida.

Así hubiésemos continuado en esta serie de reflexiones, si una algazara inesplicable no nos hubiese llamado la atencion a otra parte.

El ruido que hacian los transeuntes era insupportable: los gritos que se escuchaban capaces de asordar al hombre de oido mas robusto; era aquello, en fin, un loquero, dentro del cual la razon no puede ménos de contagiarse.

Pero en resumidas cuentas ¿qué es lo que puede formar este alboroto, pregunté a mi *ciceronne*, cual es la causa de este bullicio? ¿No ves, me respondió? es el periódico relijioso que viene seguido de una turba de beatas que se disputan el honor de recibir las pedradas que le asestan los que se dicen *espíritus fuertes*. Asoméme como era natural a la puerta de la joyeria a ver esta escena tan curiosa como inesperada: i en efecto ví, que el tal periódico marchaba seguido de una turba de mujeres cuyos rostros habrian dado que envidiar a los mas profanos.

Esas hermosuras, continuó *Casualidad*, son las que forman aquí el bello sexo: ellas las que dan la lei en materias de fé i ellas las que han hecho en mas de una ocasion que el gobierno enfrene sus deseos de persecucion contra los que tienen i reverencian por sus ídolos.

Sin embargo en su interior no son lo que dicen sus rostros: el devotismo que admiramos no es otra cosa que una especie de moda, que bien pronto ha de pasar como las tantas otras que abrazan las mujeres hoy i que abandonan mañana sin el menor motivo.

Ya ibamos a principiari otra discusion acerca de las ideas dominantes en el pais, cuando los gritos del populacho hicieron interrumpir nuestra conversacion.

—¿Qué otra bulla es ésta, dije yo?

—Es el presidente que pasa dijo *Casualidad*.

Efectivamente pasaba una multitud de soldados i en el centro de ellos, segun ella me dijo, marchaba el hombre dichoso que gobierna los destinos del pais.

—No lo he visto, repetí a mi cólega, por mas que he querido divisarlo no lo he conseguido; ¿será talvez que el hombre no lleva insignia ninguna o que su modestia lo obligue a pasar desapercibido de la muchedumbre.

—Nó, me contestó *Casualidad*: no lo has visto porque es pequeño, porque su cara no se distingue del vulgo, porque delante de todos casi no se divisa.

Con todo, ese ser cuya presencia parece imperceptible, está en todas partes: su pensamiento reina en la cámara, en el tribunal, en la prensa, en el ejército: su voz aunque sorda apaga la de las multitudes, sus mandatos, aunque tapados, se cumplen en toda la República i hasta sus caprichos se obedecen desde un extremo a otro del Estado.

¿I diréis que no teneis vosotros un hombre que represente vuestras voluntades, que sea la espresion jenuina de vuestros deseos, que sea el resumen de vuestras aspiraciones?

Habríame contestado mi compañera, si mi imaginacion asombrada con todo lo que habia visto i oido no me hubiese trasportado a otro mundo.

Pero ¡qué mundo, Dios mio! oh! el mundo de las fantasmas no tiene ni espresion ni medida! Oh, es preciso soñar para comprender lo que es el alma guiada por las facultades de la inteligencia; oh! es preciso soñar para convencerse que el cuerpo no tiene parte ninguna en las ideas que ella elabora, que ella acoje, que de ella brotan como las chispas de un foco luminoso.

¡I dirán que el alma no es mas que materia! I dirán que el *yo* de los metafísicos no es mas que el organismo físico del hombre, cuyo arreglo produce ese misterio de la volicion i del pensamiento que la ciencia no puede esplicar sino como esplica las operaciones de una máquina, cuyos resortes conoce i gobierna!

Digo esto, porque en el momento de estar así hablando con *Casualidad*, una nube pareció cubrir mi vista, embotar mis sentidos todos despiertos como por el espanto i trasportarme en sus alas a otra existencia, cuyo carácter no tiene nombre i cuyo aspecto no se presta a ser trasladado al papel por pluma alguna.

Sin embargo, yo veia, yo sentia una emocion verdaderamente descriptible: yo gustaba de contemplar el hechizo que me ocasionaba la vista de un pueblo a quien amaba, de un pueblo a quien podia llamar mi patria i de quien, apesar de todo, me separaba una barrera impenetrable.

En medio de este múltiple cuadro de fenómenos inesplicables, abrumado mi espíritu como por una tenaz i dolorosa pesadilla, logré con todo trasportarme a otra escena, cuyo recuerdo medio borrado ya por las diversas impresiones apenas casi tiene forma en mi memoria.

Yo recuerdo pues, que en medio de la charla con *Casualidad* i de las profundas emociones que su conversacion me habia causado, me habia sorprendido de ella violentamente i casi fastidiado de su filosofía; pero tambien no pude darme cuenta como es que fui a parar a otro extremo de la calle sin mas compañero que mis recuerdos, ni mas guia

que un olor misterioso de una esencia a ninguna parecida, i cuyo aroma seguia yo como el lebrel la pista de la caza que anhela.

¿Qué olor es éste? ¿Qué ambiente me rodea? ¿Por qué me persigue esta fragancia inesplicable, este perfume que veo tomar forma i que parece decirme: sígueme, sígueme que estás en el templo de los encantos?

Este diálogo disparatado, si se quiere, seguilo conmigo mismo un instante; pero luego veia que todo aquello que miraba convertíase en un humo denso, cuya nebulosa voráGINE elevábase hasta el cielo, disolviendo todos los objetos que se ofrecian a la vista ni mas ni ménos que el aire destruye esos globitos graciosos que forma la lluvia en el caudal de las aguas.

Olvidado por algun tiempo, a consecuencia de las reflexiones de mi compañera, del poder májico de que me hallaba investido, es claro que mi turbacion i mi inquietud debian desaparecer instantáneamente, cuando recordé que en mi mano estaba recobrar el imperio de las ilusiones i los encantos.

Efectivamente, cansado de tanta idea triste, de tanta reflexion dolorosa, volviendo a tomar imperio sobre mí mismo, blandí mi varilla con fuerza, no solo una sino muchas veces; repitiendo ¡favor! quiero otra vez la dicha!

Palabra májica! a este llamado nada lugubre queda ya delante de mis ojos; nada triste, nada doloroso i solo veo en torno de mí un mundo nuevo iluminado por una luz cuyo resplandor no podia ser sino el brillo que despide la fortuna desde el cielo en que se asienta.

Hermoso era el cielo, bella la tierra: preciosos sus habitantes: mas bellas todavía las ideas que revoloteaban en mi mente i mas linda todavía, si es posible, la expectativa de delite que me ofrecia el porvenir en su májica i pintada lontananza.

La felicidad es como la luz: sus matices son inmensos, variados hasta el infinito; sus resplandores no iluminan solo el cuadro sobre que se quiebra sino que esmaltan hasta la cumbre donde suben los deseos en alas del contento.

Sí, era feliz en toda la estension de la palabra: mi rostro no podia ocultar la satisfaccion de que se hallaba poseida mi alma.

Pero en medio de todo este contento, de esta felicidad inefable, echaba de ménos a esa mujer que me habia torturado con su misantropía, que me habia hecho casi llorar con sus reflexiones.

¡Estraña condicion la del hombre! ¡Echar ménos lo que forma su suplicio! Solo así con esta exclamacion pueden disculparse los extravíos que comete ligándose a las cosas que lo dañan, apeándose a los seres que lo martirizan i hasta deshonran.

Sin pensar en nada de esto, porque no es el tiempo de filosofar, recuerdo solo que en medio de mi rapto, dos doncellas tomándome, sin pretenderlo yo, por el brazo me condujeron con la mayor suavidad hácia la plaza a que daba salida la calle en que me hallaba.

—¡Jóven hermoso, díjome una, sé que sois recién venido a esta ciudad: sé que sois un viajero a quien el deseo de correr el mundo os trae a nuestras playas, i que talvez mañana os marcharéis sin motivo ninguno que justifique vuestra partida. Pero que importa eso, añadió, yo os amo desde el momento en que os ví, desde el instante que

pude contemplar esos ojos en que parece la fortuna haber reunido todos los hechizos.

Al oír este acento, por un rubor que jamas habia sentido, por una especie de cortedad de que nunca habia usado con las mujeres, mi rostro púsose encarnado de verguenza i sin saber que contestar a mi enamorada dama, contentéme solo con darle una mirada de aquellas en que se dice: tengo miedo: adivine Ud. el resto.

Sin embargo, mi dama no era de aquellas que podria arredrarse en pelillos, que podria retroceder ante la modestia, que podria echarse atras de lo que habia dicho. Así, pues, no bien hubo mirado mi turbacion, tomóme por el brazo i empujándome dulcemente, llevóme a sentarme en una de las banquetas del jardin que circundaba la ya dicha plaza.

Oh! qué placer es el mio al tenerte entre mis brazos, me repetia: mas yo, ni por esas me atrevia a dejarme caer en ellos; no, la oía i al mismo tiempo me acordaba de *Casualidad*, a quien sin haberle jurado amor eterno, ni amar, puede decirse para no ser infiel, veia en ese momento como acusándome de mis descarrios.

¿Qué pensais, díjome mi amartelada criatura? Qué! ¿no me amais? ¿Sería posible que no fuéis capaz de corresponder al fuego de amor que me devora, i al que no he podido ménos, como veis, de posponer mi decoro i mi delicadeza?

Entretanto yo recordaba que en mi tierra nadie me habia amado; que las pocas mujeres a quienes habia pretendido todas me habian despedido sin piedad: que la mujer única a quien habia sacrificado no solo el reposo de toda mi vida sino hasta mi nombre, me habia olvidado indignamente; me acordaba, en fin, que en mi país la pobreza me habia arrebatado no solo el corazon de las personas a quienes habia agrado, cuando no sabian mi posicion, sino que me habia hecho odioso a los seres que debian por la naturaleza amarme, fuera cual fuera mi destino.

¿En qué reflexionas, me dijo? ¿Qué tienes? ¿Creés, por ventura, que es un delito amarme, que es un crimen que cedas al ardor que me devora? Si así pensases, serias un necio; pues ¿qué otro nombre tiene el que enfrena sus sentimientos por solo fidelidad al objeto a quien ama i de quien se cree amado por una insensatez indisculpable? Habla, pues, tu temes, di la verdad, ser infiel a la mujer que has amado durante doce años sin descanso; i sin embargo a estas horas ella, olvidándose de todos tus sacrificios, de todas las verguenzas que has sufrido por amarla, está en los brazos de un hombre a quien le jura constancia i amor eterno, embriaguez, delirio, de la misma manera que pudo jurártelo a tí en los primeros dias felices de tu conquista. Estas palabras tan inesperadas, i cuyo significado envolvian la pérdida de mi ventura, que yo por otra parte no temia perder juzgándola solo una amarga infelicidad, lleváronme sin embargo a levantarme precipitadamente del asiento i a decir a aquella adorable criatura: he oído tu cautivadora confesion, pero yo jamás podré amarte: mui léjos de eso solo me inspiras fastidio a la idea de la desvergüenza impúdica con que me has manifestado tus sentimientos.

¡Vean ustedes lo que es el hombre! repitió mil veces! Vean ustedes lo que somos cuando por ca-

sualidad conseguimos lo que con tanta ansia codiciamos!

Pero sin embargo, añadió, quiérasme o no me quieras, has de venir conmigo a mi casa i allí acabarás de saber lo que pasa en el corazón de esta mujer a quien desprecias.

Así diciendo, monta en un coche que allí había i yo monto también, i el cochero, sin esperar a que le diésemos la orden de apretar el paso, mete espuelas al caballo i llévanos casi sin aliento por entre una multitud de jente que gritaba *atajen, atajen al opositor!* i que, persiguiéndonos con iguales improperios hasta una inmensa llanura, desaparece como por máquina entre un lodazal que parecía estar allí como para defendernos de nuestros perseguidores.

Así pensando i así sufriendo i así corriendo ¿quién creará que el resultado de esta inmensa carrera fuese traerme a las puertas del mismo hotel de donde me has visto salir con *Casualidad*? Pues bien, cuando mas apurado me hallaba i cuando mi compañera i yo habíamos perdido hasta el sombrero que llevábamos, me encuentro con que estaba dando una i mil vueltas a la escalera de caracol que había que pasar para entrar en la fonda. Las vueltas no se acababan nunca: aquello era jirar en un círculo eterno; pero yo sin arredrarme seguía i seguía con mas ganas aquella viciosa voráGINE, que volvía a recorrer con mas ardor todavía cuando me persuadía que no tenía fin ni medida, i que yo debía dar así vueltas eternas por solo tener el placer de persuadirme que hai vueltas de que uno no puede volver absolutamente.

¿I la varilla donde estaba para haber ordenado a aquel círculo vicioso que pusiese coto a su eternidad?

I la varilla, pienso ahora ¿dónde estaba que no hacia uso de ella para haber hecho que todos los sucesos que había presenciado se tornasen en una sucesion infinita de ventura incomprensible i celeste? Eso es lo que no puedo responder: sobre lo que yo sentía i pensaba, tampoco puedo decir palabra; pues en medio de aquel torbellino había dejado pensamiento, memoria, recuerdos i solo me lanzaba como aquellas líneas que puede suponer el jeómetra para medir el espacio. Sobre si acabé de subir la escalera, no podré decir una palabra; solo sí, puedo confesar que a pocos momentos de esta anhelante situacion me hallaba dulcemente adormecido en mi cama de la vispera, i oyendo decir a *Casualidad* ¿qué tal es el mundo observado en una calle? ¿No has visto como el hombre se conoce en una tienda de monos? Estas palabras, recuerdo yo, que retumbaban en mi pecho i que dándome una sed abrasadora me obligaban a pedir a la dama que me acompañaba: *agua! agua! me abraso! dáme agua! porque para conocer el mundo es preciso penetrar en el infierno.*

Continuará.

A LA POETISA PORTEÑA, AUTORA DE LA
COMPOSICION TITULADA :

A mi pluma.

Tímida garza de elegante pluma,
Que el lago cruzas de cristal pulido,
Escucha envuelta en la ondulante bruma
De errante cisne el musical jemido.

Nota fugaz que le inspiró natura,
Canto sublime de horridos pesares;
Cual tú no tiene amores ni hermosura,
Cual tú no tiene nido de azahares.

Riza tu cuello i corta la onda leve,
I el cisne ya no mas dolor lamente;
Juntos el lago que la brisa mueve
Cruzad, cantando vuestro amor ardiente.

Así a la par nuestra cancion se eleve,
I así tu guzla i mi laud doliente,
Los amantes sensibles corazones
Hagan latir con tiernas emociones.

El dulce plectro de Melendez quiero
Para unir a la tuya mi armonia:
Yo seré tu entusiasta cancionero,
Sé tú la musa que mi canto guia.

Suene mi lira para ti armoniosa,
Notas vibrando que me inspire el cielo;
I yo a tu lado, *niña misteriosa*,
La gloria encuentre que ambicioso anhele.

Cruza, garza, la senda luminosa
«Que yo contigo tenderé mi vuelo:
Sé tú mi estrella en la tormenta oscura,»
Sé tú mi bien, mi gloria i mi ventura.

ADEL-ARABE.

Edith.

(Continuacion.)

V.

Una resolucion violenta vino de repente a contener las lágrimas de Edith. Tomó todas las cartas de Estévan i de Lucy, un anillo del cabello de su amiga, que ésta le había dado el dia en que Vivian había recibido la confesion de su amor, hizo de todo un paquete i lo envió al hotel donde ellos vivian. Lucy no debía, sin embargo, ser responsable de las faltas de su hermano, pero en su cólera, Edith, confundía al inocente i al culpable. Esperó con impaciencia que las visitas de su padre hubiesen terminado, i cuando se le avisó que el jeneral estaba solo, fué donde él estaba.

—Padre mio, le dijo, creo que deseabais verme unida a lord Claver: estoi pronta a complaceros, i querria que este matrimonio se hiciese lo mas pronto posible.

El jeneral la miró con un aire sorprendido.

—Tú me asustas, le dijo, me parece que Estévan Vivian...

Este nombre volvió a la jóven toda su cólera.

—No me habéis mas de eso, respondió; yo no me he obligado con ninguna promesa, i hoy me he decidido a rechazar un partido que ya no me haria feliz. Decidme solamente si consentis en lo que os propongo.

—Antes es preciso que yo sepa el motivo de esta estraña determinacion.

Edith entró con su padre en el detalle de las culpas de Estévan i le contó lo que acababa de pasar.

—Sin duda, dijo el jeneral, es una injuria a la que yo debo ser tan sensible como tú; sin embargo, parece que Vivian había renunciado a la mujer que ha tenido la audacia de presentarse

en tu casa: lo que encuentras tan culpable hoy podrá parecerle escusable mañana, i si amas verdaderamente a ese jóven.....

—¡Yo, amarlo! padre mio, lo aborrezco, lo desprecio, i a su nombre solo transportes de indignacion se levantan en mi alma!....

—El odio de una mujer está tan cerca del amor que no se sabria siempre distinguir entre estos dos sentimientos uno del otro. Querria verte mas calmada, mas reflexiva, hija mia. Cedes con demasiada facilidad a esos movimientos de vivacidad i de irreflexion que se podian excusar ántes en una niña mimada, pero que vienen a ser peligrosos a tu edad i que son el fruto amargo i deplorable de mi debilidad por tí. Necesitas una fuerte leccion que te haga comprender las consecuencias incalculables que puede tener la facilidad con que te arrojas en los partidos extremos. La falta de Vivian es grave, pero con un poco de esperiencia, sabrias, Edith, que hai ciertas debilidades que el mundo excusa en un hombre de honor, con tal que desaparezcan a su establecimiento, i no lo arrastren hasta hacer la desventura de la compañera que ha elegido.

—Señor, interrumpió Edith, no me hagais os lo ruego, el detalle de todos esos vergonzosos cálculos que no sé comprender i que jamas podré perdonar: decidme solamente que cedéis a mis deseos.

—Debo ántes consultar a lord Claver, respondió el jeneral saliendo de las reflexiones que parecia inspirarle la obstinacion de Edith. Sin embargo, ántes que me dirija a él, piensa bien en las consecuencias del partido que me obligas a tomar. Mira que ya una vez arreglado este asunto no será tiempo de volver atras, i que el resentimiento no te haga obrar con una precipitacion de que podrias arrepentirte mañana.

—Ya he pensado maduramente en lo que debo hacer, padre mio: id pues a ver a lord Claver, i decidle, que desde este mismo instante consiento en obedeceros.

El jeneral salió, i Edith esperó su vuelta con impaciencia. Estaba ajitada, pero al mismo tiempo experimentaba una especie de satisfaccion interior.—¡El me sentirá! pensaba, i si alguna vez tuviera que arrepentirme de mi matrimonio con lord Claver, él solo se reprocharia de haber causado la desgracia de mi vida!

El señor Lushington volvió mui pronto: venia acompañado de lord Claver, quien sereno i tranquilo se aproximó a Edith, i le preguntó si era verdad que consentia en unirse a él. Habladme francamente, le dijo, porque yo no querria obtener vuestra mano sino de vos misma.

Pero la jóven estaba mui herida en su amor propio i la injuria era demasiado reciente para que escuchase los murmullos de su corazon. Al dia siguiente firmó rápidamente el contrato, i selló de esta manera el obstáculo invencible que la separaba de Estévan. Habia rehusado recibir a Lucy, que en los primeros momentos se habia presentado muchas veces en su casa. Algunos dias despues pidió las cartas que debian anunciar en el mundo su matrimonio i que fijaba el dia de la ceremonia. Tomó una, la dobló, la puso el sello i con mano trémula trazó la direccion al señor Estévan Vivian.

El tiempo corrió con rapidez: las formalidades

de costumbre se habian llenado: Edith no se atrevió a pensar en el dia que veía acercarse, i recibió sin notarlo los magníficos presentes de lord Claver.

Hácia la mitad del último dia, la jóven se encontraba en su cuarto pensativa; a su alrededor estaban colocados los suntuosos trajes del dia siguiente; de repente, el ruido de un carruaje que entraba en el hotel la sacó de su distraccion. El corazon le latia con violencia; no se atrevia a mirar quien bajaba de él, i oia con inquietud el ruido de los criados que corrian i subian las escaleras. Al fin Jenny entró donde su señora i vino a anunciarle que el señor Vivian i la señorita Lucy, su hermana, estaban encerrados con el jeneral quien preguntaba por la señorita Edith.

Se sobrecojió un instante i estaba indecisa, pues al saber la visita de Estévan habia experimentado un movimiento de placer, pero pronto comprendió que le era imposible volver atrás, i que el momento era llegado de hacer sentir a Estévan las culpas que le reprochaba: rehusó pues ir donde su padre, i resistió a los ruegos de Lucy misma, que le envió a pedir un momento de audiencia.

Mirando la desesperacion de Vivian, su hermana queria llevárselo en el acto fuera de la ciudad, pero él no consintió: tenia necesidad, decia, de volver a ver a Edith, i leer en sus ojos la sentencia que los separaba para toda la vida.

Sin embargo, hasta al dia siguiente cuando toda la jente se reunia en el salon, i en el instante ya de ir al templo solo pudo encontrarse en presencia de la novia. Ella estaba trémula i tan pálida como sus vestidos blancos: se apoyaba en el brazo de su padre i tenia los ojos bajos; pero no sabremos decir lo que fué de ella cuando al levantarlos su mirada encontró la de Vivian. Un vivo sonrojo que apareció un solo momento en su rostro hizo conocer la emocion que experimentaba; creía que la víspera, él i su hermana habian salido de Londres: no queria, por nada en el mundo, que Estévan pudiese creerla aflijida, de manera que se veia condenada a una violencia cruel. Prefirió sin embargo no dejar adivinar a Estévan lo que experimentaba, i volviendo la sonrisa a sus labios dirigió graciosamente la palabra a todos sus parientes. El jeneral dejó aparecer todo su contento que se comunicó a los asistentes. Estévan solo estaba inmóvil i petrificado con este espectáculo imprevisto. El jeneral Lushington presentó la mano a Edith, i dió así la señal de partida. La jóven novia arrojó una última vez sobre Vivian una mirada en la que reunió todo su desprecio i resentimiento. Pasó delante de él que estaba aterrado, i todo el cortejo siguió notando con curiosidad e interés al desgraciado jóven. Largo tiempo se mantuvo sordo a las súplicas de la triste Lucy, que queria llevarlo fuera de esos lugares. Cuando volvió en sí, la dejó precipitadamente i se fué al templo; pero cuando llegó allí, todo habia terminado, i no encontró ya a Edith sino a lady Claver.

La presencia de Estévan en el palacio habian puesto en actividad las pasiones que fermentaban desde tan largo tiempo en el seno de Edith. una fiebre ardiente la devoraba, i su mismo fuego la escitaba a mostrar una alegría viva i encantadora. La serenidad se pintaba en su rostro mientras que el sufrimiento torturaba su corazon.

El jeneral Lushington i lord Claver habian de-

cidido que el matrimonio se celebraría sin fiestas ni magnificencia. En la noche, sin embargo se improvisó un baile de familia. Estévan i Lucy se aprovecharon de esto para dejar la casa. Miétras que Edith estaba en la mitad de una cuadrilla, se aproximaron éllos al jeneral i a lord Claver i se despidieron. Querían evitar el ser vistos por la novia, pero ésta, sin hacerse notar, no había separado sus miradas del lugar en que se habían colocado: los vió atravesar la sala, i su corazón adivinó en el acto que iba a separarse para siempre de ellos. Lágrimas amargas que se vió precisada a devorar vinieron a humedecer sus párpados. Bajo el pretesto de no querer interrumpir el baile, Estévan i su hermana partieron sin hablar a Edith, que vió cerrarse la puerta del salón tras los dos seres que mas amaba i para los que ya venia a ser una persona estraña. Esto ya era demasiado para ella: su corazón latía con una violencia estraordinaria, sus ojos no distinguían mas que las lágrimas que no podía contener: en fin, ellos se cerraron i Edith cayó sin conocimiento.

VI.

Este suceso esparció el espanto en medio de los asistentes i terminó un día tan cruel para nuestra heroína. Los parientes del jeneral i sus amigos se retiraron poco a poco i dejaron al señor Lushington i a lord Claver prodigar a Edith los mas tiernos cuidados; pero como desde largo tiempo ella luchaba contra sus propios sentimientos, habianse agotado sus fuerzas, de modo que una enfermedad violenta fué la consecuencia. Durante muchos días perdió el recuerdo de su ruptura con Estévan i de su propio matrimonio, o al ménos su debilidad era tan grande que no tenía valor de atar sus pensamientos. El reposo momentáneo que esperiméntó sirvió mucho sin duda a su restablecimiento. Cuando la fuerza de la juventud principiaba a triunfar del mal, solo entonces pudo comprender su desgracia en toda su estension. Estaba acostada i las cortinas de su cama las habían cerrado con cuidado, por que se imaginaban que dormía. Su imaginación se transportó al pasado, i como sucede casi siempre, comenzó a arrepentirse amargamente de su precipitación, entónces cuando ya no era tiempo de remediar lo que había hecho i desgraciadamente no podía acusar sino a ella misma de las circunstancias fatales que la separaban para siempre de Estévan, i de su mejor amiga. Esta terrible convicción le arrancó un profundo jemido. La persona que velaba cerca de ella apercibiendo que estaba despierta, abrió las cortinas de la cama para ver si tenía necesidad de algo, i Edith se encontró en los brazos de Lucy.

La señorita Vivian no había podido resistir a los deseos de venir a velar cerca de su amiga desde que la dieron la noticia de su enfermedad. Aunque conocía toda la severidad de Edith hácia Estévan, sin embargo la veía desgraciada i olvidaba todo, escepto su ternura: había obtenido fácilmente de lord Claver i del jeneral el permiso de establecerse en el departamento de la enferma. En los primeros momentos solamente había tenido cuidado de evitar que la viera, de temor de despertar una emoción peligrosa en el estado en que se encontraba; pero desde este momento cesaba una precaución que se hacia inútil en el restable-

cimiento de Edith. Esta pudo en fin derramar sus lágrimas en el seno de una amiga. Lucy tuvo con ella una larga esplicación: le contó la intención firme que había tenido Estévan de romper con Amanda desde el momento en que había conocido i amado a Edith, i la casualidad que había hecho caer el ramo de la señorita Lushington en manos de la cantatriz. Esta, en su desesperación había tomado el partido de expatriarse partiendo para América pues había hecho un contrato ventajoso con el teatro de New-Yorck. Despues de esta narración que justificaba en parte al señor Vivian, Lucy, guardó silencio: conocía que si ocupaba mas tiempo en estos tristes detalles, renovarían penas que no tenían remedio, ocupándose inútilmente de su hermano, a quien no debía nombrar delante de lady Claver.

Estévan había cesado de presentarse en casa del jeneral Lushington. Sin embargo, la continuación de las visitas de Lucy lo forzaban por decencia a ir de tarde en tarde. La primera vez que apareció en presencia de lady Claver, ésta creyó que iba a morir, i se vió precisada a apoyarse en Lucy, cuando él se acercó, i segun costumbre, la felicitó por su matrimonio delante de su esposo, Lord Claver se adelantó a ofrecer el brazo a Edith, porque se había apercibido de su emoción, que tomó por un efecto de su salud quebrantada, i la condujo hasta la puerta de su cuarto. Desde este día, élla volvió a ver a Estévan en el salón, aunque jamás le dirigió la palabra, pero muchas veces encontró su mirada, en la que leía un reproche permanente i tan bien sentido, que se dejaba llevar, a su pesar, a la simpatía de tanto dolor.

Desde su enfermedad, lady Claver había casi renunciado a aparecer en el mundo. Lucy no la abandonaba ya i pasaba una parte de las noches con ella; pero poco a poco Edith creyó apercibirse que las visitas de la señorita Vivian, eran ya ménos largas i ménos frecuentes.—Sin duda que tú no habrás resuelto olvidarme, le dijo: sería una crueldad de tu parte, porque bien sabes que tu fiel amistad es mi único consuelo.

—No dudes jamás de mí, querida Edith, le respondió Lucy, i no olvides que algunos males se habrían podido evitar, si tú no hubieras un día desconfiado de tu mejor amiga. Por lo demás, no eres tú sola la aflijida, i debo mis cuidados a corazones quizá mas cruelmente heridos que el tuyo. No te ocultaré que en este momento estoi atormentada por las mas vivas inquietudes.

—¿I solo ahora me hablas de tus pesares?

—Es que debo ocultártelos, i tú eres la última persona a quien pueda confiarlos.

—Te retractarás de semejante blasfemia, Lucy, o no creeré ya mas en tu confianza, ni en tu cariño.

—¿I si por obedecerte debiese decir un nombre que hemos prometido no pronunciar jamás entre nosotras?

—¿El de tu hermano? dijo lady Claver empalideciendo.

—De mi hermano, repitió Lucy: hace algunos días que me ha anunciado su firme resolución de dejar su rejimiento i de renunciar a la carrera en la que ya se ha distinguido, i que le prometía rápidos ascensos.

—¿I sería por mí, sería yo la causa de que él tomase este partido desesperado? exclamó lady Cla-

ver : Oh! no me faltaria mas que esta nueva desgracia que reprocharme! Es necesario hablarle, suplicarle que no haga una locura semejante.....

—He hecho a Estévan todas las observaciones que he creido propias para volverlo a la razon; seria preciso otro ascendiente que el mio para hacerlo cambiar de determinacion.

—Yo haré la prueba, puesto que es preciso, dijo lady Claver : yo sola he causado el mal, es a mí a quien toca repararlo.

—¡Tú! interrumpió Lucy sorprendida : ¿piensas en lo que acabas de decir? tú, volver a ver a Estévan i hablarle como hermano?

—Piensas sin duda, que mi voz no tendrá ya mas poder que la tuya? dijo lady Claver.

—¡Oh! al contrario, todo está salvado si consientes en darle un consejo, porque ese consejo será una orden para Estévan.

—Veré al señor Vivian : él viene a buscarte todas las noches, i espera en el salon que tu hayas salido de mi cuarto; cuando llegue le haré rogar que suba aquí.

Lady Claver pasó todo el resto del dia en una especie de agitacion nerviosa : la idea de volver a ver a Estévan le causaba tanta turbacion que no podia ser dueña de sí misma; el ruido mas lijero la hacia temblar hasta el fondo del corazon. Lucy, no estaba tampoco mas tranquila, i cuando hubo caido la noche, cuando estuvieron las lámparas encendidas, estaba casi tan inquieta como lady Claver.

Hacia las ocho, Jenny, que habia recibido las órdenes de su señora, introdujo al señor Vivian en el cuarto de Edith i se retiró.

Estévan habia quedado de pié delante de las dos jóvenes, i no encontraba una palabra que dirigir a lady Claver. Saludó, i se dejó caer, mas bien que sentarse, sobre la silla que le presentó Lucy.

—Hermano mio, dijo la señorita Vivian, lady Claver acaba de saber el proyecto que has formado de enviar tu demision al ministro, i por amistad por mí, ha querido consentir en hablarte para hacerte observaciones que no has querido acoger cuando te eran presentadas por tu hermana.

Estévan hizo un lijero movimiento de cabeza i no respondió nada : lady Claver se decidió al fin a dirigirle la palabra.

—¿Sin duda el señor Vivian no habrá tomado seriamente una resolucion que aflijiria tanto a sus parientes como a sus amigos?

—Mi voluntad es irrevocable, milady, respondió el jóven con voz trémula : mi familia tendrá que conformarse a este respecto. Mi padre i mi madre no existen: Lucy, es lo único que me resta, prosiguió tomándole la mano a su hermana, i me ama bastante para perdonarme el pesar que le causaria en esta ocasion. En cuanto a mis amigos, no los tenga ya, o me son todos indiferentes.

—¿Pero un hombre a vuestra edad debe desalentarse tan fácilmente, dejar toda carrera, perder su posicion, i rehusar servir a su patria? no lo creo, asi como no puedo imaginarme un motivo bastante grave para esplicar esta deplorable decision.

—El motivo, es el disgusto, el odio que me inspira el mundo..... no me preguntéis, milady, el motivo que tengo para detestar la vida!

—Nó, nó, se apresuró a añadir lady Claver, no es tal mi pensamiento, i ademas no tengo derecho de hacer esa pregunta al señor Vivian. Quiero de-

cir solamente que me parece que un hombre no debe jamas renunciar a la perspectiva de ser útil a su pais i a sus conciudadanos.

—Hubo un tiempo, replicó Estévan, en que todos esos sueños de porvenir i de gloria me hacian rebozar el pecho de alegría : entónces tenia un objeto que esperar, entónces mis servicios o mi posicion despertaban dulces solicitudes; pero ahora, milady, ahora, mas vale una piedra sobre una tumba que la existencia desencantada que me resta que andar.

Continuará.

A la memoria

DEL JENERAL D. JOSÉ MIGUEL CARRERA.

Por favor te prestó naturaleza
Jenio, valor, constancia i patriotismo;
I a empuje de tu brazo i heroismo
Dobló el León de Iberia la cabeza.

Mas ai! a la virtud i a la pureza
Sigue siempre voraz el egoismo,
Hasta que al fin aquella en el abismo
Va a sepultar su vida i su grandeza.

Así corraste tú, noble soldado,
Al golpe del encono i del delirio,
Con frente erguida i ánimo esforzado,

Al parrícida bárbaro martirio;
Pero no supo la cuchilla fiera
Que al darte muerte eternizó a CARRERA.

M. BLANCO CUARTIN.

Cancion

A LA SEÑORITA C. G.

Si la suerte inhumana no deja
Que a tu lado yo pase la vida,
No podrá, tu memoria querida,
De mi pecho un instante apartar:
I cual gota de puro rocío
Que dá vida a la flor marchitada,
Mi existencia, de penas cercada,
Tu recuerdo vendrá a consolar.

De tu acento escuchar me parece
La infantil i graciosa armonia;
De tu aliento la dulce ambrosia
Me parece tambien aspirar:
Creo ver de tu pecho inocente
El latido fugaz i amoroso,
I un momento me encuentro dichoso
De la ausencia olvidando el pesar.

Mas con mano terrible el destino
Mi preciosa ilusion rompe luego,
I al fatal desencanto me entrego
Ai! i casi me siento espirar:
Negros cuadros do quiera la mente
Me presenta tenaz i traidora,
I mi pecho que ardiente te adora
Crée veneno tan solo apurar.

Imajino que te has olvidado
De mi amor, de mi pena i mi llanto,
I quizas, venturoso entre tanto,
Otro llega tu afecto a alcanzar.
Ah! i entonces la muerte anhelara
Que rompiera mi triste existencia:
Con tu amor sufriré larga ausencia;
Mas sin él, solo quiero espirar.

N. V.

Agosto 30 de 1860.

Crónica de la Semana.

SUMARIO.—Una naranjita compuesta para cada uno.—Ya está la trampa cebada.—Una runfla de lejisladores en un cartucho de café.—Astronomía popular.—Muerte de doña Peta Fonceca.—Al fin se va a destapar.—La mujer de un garitero.—Venga Dios i véalo.

Ya sabrás, lector, que el proyecto de responsabilidad civil, iniciado por el ejecutivo, es una lei del Estado, i que por lo tanto ya no hai ni puede haber revueltas, ni asonadas, ni movimientos, pues la trampa está preparada para el caso.

Oh! el pensamiento este ha sido magnífico. Miren que cortar como Alejandro el nudo Gordiano de las conmociones intestinas con solo hacer quince artículos, a cual mas mono i precioso, no es cosa así como se piensa, ni tan fácil como soplarse una cereza. No, para la obra esta se ha necesitado de muchos menesteres: el primero, que la inspiracion haya sido sublime: el segundo que los lejisladores se hayan puesto en tono, es decir que hayan templado su patriotismo en la cuerda del sí bemol del compositor de esta amorosa cantatita: el tercero que la opinion pública se haya consultado tan bien, que todos estemos haciendo zapatetas de contento: i el cuarto, que Dios nos haya dado a cada prójimo un quintal de resignacion i (hablando en el lenguaje métrico) sesenta hectáreas de bienaventuranza, por no decir un término que no está en el diccionario.

Sin embargo, aunque ya sabes que el proyecto ha pasado, casi unánimemente aprobado por la Honorabilísima Cámara de Senadores, quiero decirte algunas cosas sobre el caso para que te persuadas que, aunque Duende, me intereso por la cosa pública, i mas que un empleado bien rentado.

Pues bien, el dicho proyecto de responsabilidad pasó a comision a instancias del señor Balmaceda; i allí los miembros de esta dicha comision, para hacer creer sin duda que lo habian refundido o trastornado de pies a cabeza (esto es metáfora por que ni una ni otra cosa le encontramos) tuvieron la feliz ocurrencia de reducir el número de sus artículos, que eran catorce o quince, a la modesta suma de siete. Con este cambio dijéronse no hai que dudarlo, lo que dijo un señor don Antonio, vecino mui conocido de Santiago, cuando supo que en Francia se usaban las levitas de talle corto: «muchacha pégame los botones a la mia tres dedos mas arriba, i verás como así queda a la moda.»

Como veis, pues, la comision tomó la cosa como el dicho don Antonio había tomado la levita; i el Senado, que no quiere ser ménos que la comision ni en el modo de pegar los botones, aprobó por diez bolas contra dos votos el proyecto ya acondicionado como el traje del cuento.

Sin embargo, entre tanta humildad i complacencia para con lo que viene de arriba, hubo allí un hombre jeneroso, patriota, ilustrado que no quiso correr de reata a apoyar lo que su conciencia repugnaba, lo que a la sociedad heria, i creyó deber impugnar como buen ciudadano. El jeneral Gana opúsose pues con entereza, con conviccion, de una manera franca i honorable a la aprobacion del proyecto; pero todo fué en vano, pero toda reflexion fué perdida, i la lei, apesar de la opinion de los buenos, está ya hoi suspendida sobre todas las cabezas como la famosa espada de Damócles.

Te digo esto, lector, para que no estrañes lo que te quiero contar ni ménos desconfies de la veracidad del narrador.

Es el caso que he oido anoche, i de personas abonadas (no entiendas al teatro) que varias señoras, agradecidas a los señores senadores que han matado la revuelta, piensan enviarles el domingo próximo, en testimonio de gratitud, una naranjita compuesta a cada uno por haber salvado la patria, i un pajarito de hilado de plata al presidente de la Cámara por sus buenos oficios. Yo no sé si esto será cierto o solo una broma inventada por algun chusco, pero lo que sé, es que no solo merecen naranjitas i pajaritos, sino naranjones i pajarracos.

Otros me han dicho que se ha mandado componer una polka para la próxima filarmónica en honor del proyecto, la cual se llama: *la trampa está cebada*, i que será bailada por todos los mas preciosos querubines del cielo de la hermosura.

Si esto es tan cierto como lo anterior, no te podré decir, pero sí te aseguraré que con polka o sin ella, el proyecto lo hemos de bailar i largo; que tal es el contento que nos inunda, i lo musical que ha llegado a ser nuestra venturosa situacion.

Has de saber tambien, que uno de los lances mas chuscos que me han sucedido en mi vida aérea e impalpable, ha sido el que me aconteció anoche con motivo de querer tomar una tasa de café. Tanto mas raro es esto, cuanto que nada hai mas natural que querer inspirarse, aunque no sea sino de una buena dijestion, despues de haber comido opíparamente o, si se quiere, mas que un Duende o un empleado destituido que es todo lo mas gaaseoso que puede haber.

Pues señor, para satisfacer mi apetito, envié a la esquina que enfrenta con mi pobre morada por un medio real del tan delicioso polvo ya nombrado, i cátrate que al desdoblar el cartucho en que venia envuelto, me encuentro, por mi desgracia, de manos a boca ¿lo creéis? con toda una runfla de próceres; sí, señor, de próceres a cual mas respetable i majestuoso.

Por supuesto al verme así, de repente, sin estar preparado a esta rara aparicion, como era natural, suelto el cartucho i echo a correr gritando: socorro! que he caido en la trampa de la responsabilidad civil! A este grito vienen todos los criados, mi mujer, mis hijos, mis hermanos i fórmase, como era de ene, una batahola del infierno. Eso es, toma! me gritaba uno ¿nó quieres ser opositor? Pues aguanta la mecha decia otro.

—Ahí está decia otro mas ¿nó te lo habia dicho? Mira si me engañaba cuando te decia: tú vas a parar a la policia por la costumbre de ser poeta.

—Pero oigánme, repliqué o mas bien, miren i despues me dirán lo que quieran.

Con efecto, al decir así tropiezan con el cartucho, i las pobres al verse, como yo me habia visto, cara a cara con la lei, es decir con aquellos padres conscriptos, echan a correr a su turno, gritando tambien: misericordia! ¡Animas benditas! ampáranos Señor! que vamos a quedarnos hasta sin esteras por ser *cómplices* en la responsabilidad del *Mosaico*.

Oyendo esto, suelto la carcajada i voi en busca de mis pobres compañeras para tranquilizarlas; pero ellas por mas que les he dicho no han podi-

do serenarse hasta ahora, i se llevan repitiendo, i con razon; que van a ser comprendidas en los siete artículos de la lei.

Pasado el susto, comencé a reflexionar sobre como habria llegado a mis manos aquella preciosidad, i deduje al cabo de unos cuantos tirones a mis bigotes, que los honorables se habian litografiado en cuerpo, i que no habiendo podido o querido llevarse todas las pruebas de su efijie, el retratista, aburrido con la vista de tanto lejislador, las habria vendido para envolver café o colaciones a la pobre vieja de la esquina.

Pero mis reflexiones no pararon aquí: nó, de ninguna manera; porque subiendo como Newton con la manzana hasta averiguar lo que pesa una pera en el cuerno de la luna, fuíme a parar tan alto en materia de filosofía política que llegué a creerme asustado, uno de esos muchos mártires de la verdad a quienes persiguen encarnizadamente en todas partes.

Ademas ¡cuántas otras reflexiones todavia mas profundas me han asaltado con este motivo! ¿I qué hace la lei de imprenta, me he dicho? ¿Dónde está ese poder que tiene el fuerte para aniquilar la obra que ha prohibido, los versos, la prosa, el retrato, la caricatura que ha hecho pedazos para castigar al atrevido que ha osado encararse en su miseria con los que todo lo pueden? ¿Pudo Napoleón I con todos sus ejércitos victoriosos impedir la circulacion de esas festivas i picantes ocurrencias de Madama de Staël? ¿Ha podido el sucesor de este, el primer hombre de Estado de la Europa moderna, secuestrar el pensamiento de Víctor Hugo, que como la voz apagada de un telégrafo eléctrico ha llegado a todos los corazones republicanos de la Francia?

Parando aquí de retratos, cartuchos, senadores i reflexiones, paso a contarte otra cosa que, a mi juicio, debe parecerte entretenida.

El lunes de la semana pasada, por una de esas raras casualidades, recibí, contra mi costumbre de recibir (porque has de saber que no recibo nada desde que me dí a Duende) una larga carta de un jóven amigo mio, mui aficionado a la astronomía, en que me anuncia que estimulado por la aceptacion que ha tenido en la Universidad la obra del Rector del Instituto, i movido mas que todo, por la sed de gloria que le ha despertado la salmuera del folleto *El Gobierno i la Revolucion*, ha tratado de componer un compendio de astronomía popular al alcance de la intelijencia de las masas.

Por supuesto, como *specimen* de la obra me espeta el siguiente trozo que voi a copiarte a la letra, para que juzgues si mi dicho amigo merece o no la pena de ser premiado por la Universidad. Digo pena por imitar a uno que cuando le preguntaban por su salud decia: me hallo gozando de mui mala salud.

«He observado, dice el jóven matemático, no con mi telescopio porque no soi astrónomo de observacion, que hace cuatro meses seis cuerpos opacos, de esos que se mueven al rededor del sol en una elipse mui excéntrica i que se llaman *cometas*, aparecen en el horizonte, poniéndose a veces uno de ellos casi en la órbita de Mercurio, i otras aparentemente fuera del sistema solar.

«El que aparece en Santiago, i puede verse me-

jor que en ninguna otra parte en la plazuela de la Moneda, está en su *perihelia*, es decir, en su mayor cercanía al astro-Rei. Su velocidad es mayor que la de todos los que han aparecido hasta aquí, i es tal que llega a un 1.240,108 millas por hora. Su órbita es proporcionada a la rapidez i destreza de sus movimientos. Fundado en esto, he calculado que éste está 1.300,000,000,000, de millas mas cercano al sol que los otros, i por supuesto mas espuesto a chocarse con la tierra i a producir un espantoso cataclismo. Su órbita se inclina al plano de la órbita de la *presidencia*. Esta inclinacion varía entre todos los cometas entre 1° 33', i 88° 40'', pero éste no varía ni un ápice, porque a mi juicio está acaserado con el sol, como se llama vulgarmente. El aspecto en que se presenta es imponente: su cauda es luminosa, inmensa, i hai quien dice haberle visto una cara amarga como la cascarilla. Su cabellera en fin centellea i manifiesta que impera desde el cielo sobre la tierra aun ántes de haber dado al traste con ella.

«El segundo tiene la apariencia del planeta *Marte* en cuanto puede parecerse un cuerpo errante i gaseoso a un cuerpo sólido. Su aspecto es en realidad magnífico: gran cabellera; rayos de luz que ofuscan la vista; pero, en mi sentir, de este no debemos tener miedo ninguno, pues en el tiempo que le vimos en el horizonte dió tantas muestras de benignidad que hasta el mas pusilámine ha llegado a perderle el miedo.

«El tercero es mas pequeño en proporciones que los dos citados: su cola no brilla, su estado normal es la inmovilidad. Así no dará un paso para hacer *comision* con los otros, i aunque lo diese, no llegaria a tiempo: se le llama Mustafá a pesar de su poca cauda, i, por lo que ya te he dicho, podrás ver si merece que la jente le manifieste el menor recelo.

«El cuarto es en apariencia tambien brillante, su cabellera es plateada aunque a veces, se ve oscurecida como una cabeza que se tiñe las canas. Su voluntad aparente es mucha; pero en realidad no hace un movimiento sin volver atrás como para mirarse en la sombra de su misma riqueza. Es en fin, semejante a un fuego *fátuo* que se evaporará en gas tan pronto como se acerque mas a la órbita del sol a beber el calórico que espera sacar de ella.

«El quinto se vé a la simple vista que es un cometa guerrero i hasta hai personas que aseguran que es ruidoso como un saco de nueces, osado como su acero, vano como la jactancia, i que los chorros de brillante claridad que a veces darda de su disco (permítase este lenguaje inastronómico) servirán de seguro para ofuscarlo, apagándose en fin, de un momento para otro, i pasando en consecuencia a fecundar el mundo de los vientos.

«Soy de opinion que esta clase de cuerpos tienen sus revoluciones fijas cada diez años; pero que siendo las órbitas de algunos de ellos tan pequeñas e insignificantes, no hai ni debe haber el menor motivo de tribulacion aunque se muestren en el horizonte.

«Detrás de estos o dentro de estos, supongo que deben haber, como en esas bolas de marfil de la China, otros tantos que, aunque no merezcan una mencion particular, llevan siempre el honroso título de *telescopicos*.

«Si se me pregunta cuáles han sido los cometas cuya aparición en el sistema solar ha durado mas tiempo, diré que el que apareció de entre la humareda del cañon de Lircái, brilló hasta el año 40, en que se eclipsó completamente para dar su puesto al que apareció en el dia de otra batalla i pareció apagarse en 51.

«El que se mostró en este ya nombrado 51, ha brillado, no cabe duda, i manifestado que su esencia es algo mas sólida que la de los otros i que su desaparicion no será sino aparente para los que no tengan telescopio, quedando siempre aunque oculto por la neblina, con bastante influencia en el reino de los planetas.

«Sobre la materia de que se componen, los cometas, segun dice Leverrier, añadiré que el primero de los que he nombrado es de una sustancia consistente, luminosa i rodeado de un vapor que refleja perfectamente la luz del sol, o, si se quiere, de una especie de tela en que puede verse (como en el sudario de la Verónica la cara del Salvador) el rostro del astro que nos fecunda, nos llueve, i nos seca cuando le dá la gana.

«Los otros se componen, como lo he dicho ya, de una materia que no es materia sino viento (perdonen los materialistas) i cuyas colas, por un contraste inesplicable con la dimension de su órbita, son tan largas que los llamaremos *los coludos*.

«De esto se infiere que no ejercen ni pueden ejercer atraccion ninguna sobre el sol aunque este se los prometa, ni ser por consiguiente, dignos de llamar la atencion pública.»

Perdona, lector querido, a mi pobre Arago: este es su primer trabajo, así no es extraño que no parezca completo. Sin embargo, por lo que has visto bien puedes coleccionar que al tal no le son desconocidos los cielos ni que es novicio en apreciar el influjo que los astros ejercen sobre el planeta que habitamos.

Aunque no me gusta hablar de cosas tristes te diré que anoche ha muerto de repente doña Peta Fonseca que gozaba hasta ese dia de una completa salud, a consecuencia del proyecto sobre *responsabilidad*, i asegura uno de sus deudos que ha dejado 50,000 ps. en capellanías para el alma de los senadores que lo aprobaron. Dicen que la señora fué tal su gusto al verse con la lei en la mano que anegada de gozo, gritó, corrió i con este motivo dió lugar a que se le reventase la mas gordas de las arterias.

Me han contado tambien que ademas de las mandas que deja con el objeto de perpetuar su gratitud, se encuentra una con el fin de que se haga un regalo al señor senador Presidente por haber asistido a la sesion en que se votó la lei apesar de sus dolencias i de haberle dado su bola blanca.

Sea lo que sea: siempre es digna de elojio la asistencia, esta muestra de patriotismo i de consecuencia a los principios que se han profesado. ¡Ah, muletas de Sixto VI!

Iba ya a concluir mi revista, cuando me acuerdo de otra novedad que quiero que sepas. Sabe pues, que se piensa destapar la estatua de Portales el 16 del presente, dia en que se presume que el finado debe desear ver la luz para contemplar los adelantos de su patria.

Me han dicho tambien que todos los dias el

encargado de custodiarlo para que no se destape a causa del sofocón de tres meses que se ha llevado, le va a ver todas las noches la cara, temeroso de que vaya ya frunciendo el ceño por acercarse el momento de su ovacion.

A propósito de la cuestion de los jugadores te diré que, con motivo de la correspondencia que registra el *Mercurio* del 28 del pasado, suscrita por una mujer de uno de los gariteros, no hai nadie que no culpe al señor Solar por la moderacion que ha guardado respecto a los insultos inferidos a su casa. Todos dicen que el artículo que hemos mencionado, debió haberse acusado, pues a mas de la injuria hai un cinismo que no solo ofende al individuo sino a la sociedad.

La casa a quien se ultraja, a quien se denigra, es la de un personaje, la de un Senador, la de un caballero en fin; i por tanto debe éste hacer valer su derecho, cuando a nombre de la justicia se ha pretendido ya escarnecerlo.

En fin, el diez i ocho se acerca con su bulla, con sus glorias i placeres. Si, prepáranse ya las damas a estrenar las creaciones de su fantasia, a deslumbrar con el lujo de sus trajes, a encantarnos con esos rostros de diez i ocho en que parece que el sol de Setiembre quiere retratar toda su animacion i su contento. Los jóvenes en fin, aprestan sus levitas i corbatas, sus nuevos sombreros: los clérigos una fila de sermones que vendrán sobre los pecados de la patria como la mostaza despues de comer: el pueblo soberano hace ya su acopio de contento para dar rienda a su gozo i patriotismo. Sí, todos se aprontan para lucir lo que tienen, lo que quieren, lo que desean, lo que aspiran; i en esto no hai nada ni mas natural ni mas digno de elojio.

Lo que si seria de sentir es, que el Congreso se aprontase con otra lei como la presente, con otra de esas cositas que le han valido a los Senadores las naranjitas que te he dicho. Sí, que no piense en tal i se contente con lo que ha hecho hasta aquí, que es bastante para haber merecido como se dice bien de la patria.

Con esto i sin mas manda como te dé la gana a tu afectisimo i S. S. que no te besa los piés por no saber si eres Senador o corresponsal.

EL DUENDE.

Beneficio de la señora Sotomayor.

La funcion anunciada a beneficio de esta jóven actriz que fué postergada a causa del mal tiempo, tendrá lugar indefectiblemente el viérnes 14 del presente.

Cuando se anunció este beneficio, tuvimos lugar de ocuparnos detenidamente del mérito de esta jóven artista que, por tantos títulos es acreedora a la proteccion del público.

Ahora nos limitaremos a decir solamente, que la pieza *Los Tres Mosqueteros*, de Dumas, es de un mérito sobresaliente i goza de gran popularidad; que el trozo de canto con que nos va a obsequiar el señor Subicueta en esa noche, es escojido, i que la artista beneficiada es una jóven chilena; motivo mas que suficiente para que el público se apresure a concurrir en esa noche.